

RUTH BEHAR, *Todo lo que guardé/ Everything I kept*, Swan Isle Press, Chicago 2018, 128 pp. ISBN: 9780997228724.

Ruth Behar ha publicado su primer libro de poemas; lo ha añejado como se añejan los buenos vinos, o los buenos rones, y ahora nos lo sirve en una preciosa edición bilingüe, ilustrada por el artista Rolando Estévez. *Todo lo que guardé* evoca los encuentros y desencuentros, naufragios y aventuras de una vida en movimiento, una voz que viaja de un continente a otro, de una cultura a otra, de una época a otra, dando testimonio de sus diversos descubrimientos. El libro está dividido en cinco partes: Jardín, Rezo, Libertad, Volver y Ofrenda, y, como la propia autora lo menciona en una nota al inicio, su obra rinde homenaje a la poeta y escritora Dulce María Loynaz. Esto, podría decirse, se expresa en las dos columnas vertebrales del libro: el discurso amoroso (14 poemas) y la reflexión existencial (13 poemas). Otros temas también presentes son el viaje (4 poemas), la familia (7 poemas) y la escritura (6 poemas).

Es precisamente uno de los poemas de amor el que resume, además, la riqueza y complejidad emocional de este libro:

Ofrenda

Hace unos meses por poco te abandono.
Te digo que ya iba a cerrar la puerta sin mirar para atrás.
Te digo que no pensaba tocarte otra vez.
Te digo que había olvidado cómo besarte.
Eso fue en el invierno, y en el invierno me desespero.
Ventanas cerradas, puertas bajo llave, días como sombras.
Perdóname, perdí un país, en mí no se puede confiar.
Trátame como una ofrenda, como Abraham hizo con Isaac.
Préndeme como incienso.
Mírame arder.
Hacerme ceniza. (p. 84)

La hablante de estos versos no encubre los altos y bajos de cualquier relación afectiva; en su honestidad, el poema gana la complicidad de quien lee, mostrando, además, los devenires de la convivencia amorosa, las tensiones, los recuerdos y los momentos eróticos. Son poemas en los que el desafecto es luminoso en tanto prueba del compromiso real con el amante. Esta es en general la tónica de la serie. Pero, además, son textos donde Behar logra insertar el peso histórico de la tradición en el ambiente hogareño y en la psicología profunda del estar en casa: “Trátame como una ofrenda –dice–, como Abraham hizo con

Isaac”. En otro poema amoroso, “Zapatos”, la voz poética extrae de la memoria del holocausto un momento de compromiso y esplendor:

Recuerdo esa sala terrible del Museo del Holocausto.
Estaba llena de zapatos, cientos, miles de zapatos, de todos los
Tamaños, los zapatos de demasiados fantasmas.
¿Pero por qué me acuerdo de esa sala, de esos zapatos? Aquí
No hay fantasmas. Nuestros zapatos descansan. Tranquilamente.
Cómodamente. Manteniendo secreto nuestro inmenso amor. (p. 36)

La otra línea de significado en *Todo lo que guardé* se encuentra en lo que podemos calificar de poemas filosófico-existenciales. En este caso la hablante presenta una red de sentimientos y reflexiones surgidas de sus viajes –Cuba, España, México, la India–, los diálogos familiares –con el hijo, la madre, el abuelo, amistades. En el poema “Sombra”, por ejemplo (junto a “Ofrenda” uno de los más intensos de este libro), la voz poética revela los entresijos de su consciencia con la cual termina reconciliándose: “[...] dejé de verte como tinieblas y te vi como la sombra dulce que refresca, perpetuamente, este terror que es mi vida” (p. 6). En el poema “El mundo” de cierta forma se sintetiza la clave de la experiencia de la hablante: “De repente vino una gaviota desde un mar lejano. / Se detuvo frente a mis pies, perdida también. / Amé al mundo más que mi propia vida” (p. 96). Es la voz viajera, muchas veces sola, que reconoce la preminencia del mundo y de lo Otro en su propio recorrido, y a la vez, el reconocimiento escéptico –“perdida también”– de un deseo –¿puerto seguro?– inalcanzable.

Y es que tampoco ese sentido de fragilidad abandona a la poeta, haciendo de él su propia estancia. Quizá sea este, precisamente, uno de los logros de este libro al abandonar lo enfático por los pliegues de lo inasible: el recuerdo, la memoria de aquello que ya no está, pero que permanece en los quehaceres cotidianos –el teléfono que suena mientras el poema insiste en escribirse, el árbol que regala su indiferencia, el vino y las velas de una celebración de aniversario. La imagen de una existencia que se esfuma, pero simultáneamente permanece. En ese sentido, *Todo lo que guardé* ha llegado para quedarse entre nosotros mucho después de su lectura, abriéndose un espacio definitivo en el panorama de la poesía hispanoamericana contemporánea.

Jesús Jambrina